

SEUDÓNIMO: CANALLA NO ABANDONA

CONVERSIÓN CANALLA

Encontrar el amor en la primera oportunidad es imposible y son escasos los que se mantienen con éste por siempre. Si sucede, es un hecho admirable que se juzga con suspicacia. Tampoco faltan los que cuestionan una decisión de este tipo, argumentando que en la vida hay que conocer más de un amor para tener una experiencia plena en ese campo. La norma es así y pocos la discuten o quebrantan. Sin embargo, a pesar de que el amor es considerado un sentimiento importante, sino el más importante, donde la lealtad es una exigencia indefectible, permite violaciones que en otros ámbitos son imposibles. Un caso específico es el fútbol. La pasión y los sentimientos que se generan alrededor de este deporte son ilimitados. No existe ningún fenómeno humano tan espectacular y masivo como éste; se puede afirmar que su popularidad es universal. Sin embargo, a diferencia del amor, el fútbol no permite traiciones. Vale decir que en muchas ocasiones el amor se alimenta de las faltas que se cometen en su nombre. No es el caso del fútbol. El amor por el fútbol es como el amor por la madre, se nace con él y son escasos los que niegan su procedencia. La mayoría de los hinchas nacen en un equipo. No tienen que decidir porque su familia los bautiza. No sólo les dan el nombre, también les dan los colores de la pasión que seguirán el resto de su vida. No es un don menor. Eso determina el futuro de millones de almas.

Por otra parte, existen, aunque en menor medida, hinchas huérfanos. No abundan, pero están ahí. No fueron bautizados por su padre, su abuelo o algún hermano mayor. Su amor por un club y sus colores está determinado por circunstancias ajenas. Usualmente llegan tarde al fútbol, cuando otros ya están irreversiblemente involucrados con las instituciones que les pertenecen (porque a un hincha el club le pertenece) y jamás les darán la espalda. Son entes que flotan, dueños de muchas pasiones y sin un apego que defina dónde radican. Imposible dictaminar si esa condición contiene algo de virtud o está repleta de desasosiego. No hay que juzgar a quien nace huérfano; el huérfano no es responsable de su condición y le toma una cantidad considerable de tiempo decidir por dónde, qué o quién. Su situación lo obliga a dudar constantemente, no por alegría, goce o vocación, sino porque cada fallo en su vida no tiene el

respaldo de ninguna tradición o autoridad que lo avale o defina. Hay que perseverar para eludir el desamparo. En todo caso, soy competente para hablar de esto por una razón elemental, que se puede intuir: yo nací huérfano, en mi familia soy el único que ama el fútbol.

Era una tarde de verano, los primeros días de febrero; el calor lamía con injuria la ciudad entera. Nadie podía sentirse a gusto con la rutilancia que provoca el sudor y salir a beber cerveza en cualquier rincón que no escurriera sofoco era una obligación. Así que vagué al primer bar amable que encontré para re leer al Negro Fontanarrosa. Llegué a Rosario por motivos ajenos al fútbol. Mi presencia en esta ciudad era un capricho que prometí cumplir debido a la literatura. La primera vez que visité Argentina fue en el año 2003 y Buenos Aires fue mi única opción debido al desconocimiento que tenía de aquel país. Sin embargo, en esa ocasión encontré los libros de Roberto Fontanarrosa y supe de la existencia del equipo de fútbol Rosario Central. Aunque pasaron seis años antes de que pudiera regresar a la Argentina nunca olvidé el cuento “la observación de los pájaros” y el fanatismo de la cábala que ahí se narra, aquel personaje que deambula a través de una ciudad vacía para ayudar a su equipo; lo mismo con “19 de diciembre de 1971” y la banda de muchachos que secuestran un viejo enfermo del corazón para hacer ganar a su cuadro. Eran historias que no podían desaparecer de mis recuerdos porque esas cosas no pasan en México, al menos no en mi entorno

El fútbol es una forma de estar unidos. Y a pesar de toda su belleza es una estafa en la que me siento a gusto, con otros tantos miles de millones a los que nos gusta creer que durante noventa minutos todo va bien.

La camiseta de fútbol surgió como emblema de pertenencia e identidad en tiempos en que cada jugador —o su abnegada madre— estaba encargado de lavar la suya. Nadie pensaba entonces que eso tuviera otro valor que el simbolismo; se jugaba gratis y los aficionados distinguían a los suyos por la franja o las rayas en el pecho. En aquella época del origen, la estabilidad de un futbolista era tan larga como una novela rusa. De niño se probaba en el club de sus amores, casi siempre el de su barrio—, fichaba de por vida a cambio de unos botines o, como mucho, de un par de billetes, y jugaba sin pensar que iría más allá de la portería contraria. La invención de los fichajes trajo un poderoso

enigma emocional: ¿puede un futbolista ser aficionado de cada equipo que lo contrata? Con el profesionalismo y la opción de pasar de un club a otro ya no se puede esperar que el crack duerma con la camiseta puesta y enjугue en ella las amargas lágrimas de la derrota. El «amor a la camiseta» nació como algo literal (la pasión por una prenda amorosamente remendada) y luego se convirtió en sinónimo de respeto a los colores que avalan un contrato de trabajo. Sin ser fan de su equipo, el profesional puede honrarlo.

En cambio, un hincha jamás puede cambiar de equipo. Simpatía por algún cuadro lejano, preferible que sea extranjero, sí puede existir; mejor si algún fuera de serie juega en ese equipo. Sin embargo sólo es simpatía, jamás pasión, fervor o amor. Utilizar la figura del amante como analogía es débil, escaso; a un amante se le tiene cariño, fidelidad y persistencia. Tampoco cabe pensar compararlo con un coito ocasional, esa situación es un millón de veces más intensa que hinchar por el Real Madrid, Chelsea o Juventus. El hincha no puede cambiar, es imposible. Ellos no se plantean tal posibilidad y si alguien se atreve a proponer una cuestión semejante, la reacción puede ser agresiva. Para un hincha de verdad pedirle transformarse en otra cosa es un ultraje, oprobio, una vejación inimaginable... A pesar de esta realidad los hinchas están dotados de personalidades diversas. Se distinguen no sólo por sus colores, si no por cómo se comportan fuera de la cancha. Decir que cada equipo tiene la hinchada que se merece no es justo, mucho menos en los tiempos actuales, donde los equipos responden a las órdenes del dinero y la ganancia, no a la historia y el prestigio mítico de la institución. No sucede en todos los planteles, pero es una verdad que pocos son los directivos que no desean lucrar con la leyenda de los clubs. Por eso la hinchada se mantiene fiel a su idiosincrasia, a sus doctrinas, a su ideología política y a su personalidad. Muchas veces ahí está su gran atributo, pero otras, el ser lo que son, las pudre. En específico, es el caso de lo que viví con la Lepra.

En México la gente le va a un equipo, va con el club. Cuando alguien es requerido por su cuadro la pregunta típica es:

-¿A quién le vas?

- Yo le voy a...

En cambio, en Argentina se vive un fenómeno diferente: las personas son. Son

cuervos, son del pirata, Son Canallas. La pertenencia está dada desde la enunciación. Al momento de emitir el lugar al que uno pertenece se está construyendo una guarida. Un espacio al que se puede llegar con toda la confianza. No importa que la multitud, los miles de personas sean todos desconocidos, uno es con ellos lo mismo. La tierra prometida es la cancha. Y en el caso de Rosario Central ese lugar es el Gigante de Arroyito. Ahí el carnaval lo es todo. Un viejo razonamiento menciona que cuando los argumentos se agotan, sólo queda la calumnia. Por eso, Newlls old Boys acusa a Rosario Central de adolecer de aquello que más tienen: aliento. Inventar que en el Gigante se instalan enormes parlantes para suplir con éstos la falta de voz en la hinchada, valga el juego de palabras, es una canallada. De todos los estadios a los que he asistido en ninguno se prefigura lo que sucederá dentro de la cancha como en este. La desesperación rodea a las personas que buscan asegurarse una posición. Es el preámbulo de una celebración. Algo similar a la angustia que genera la fiesta de cumpleaños en los niños una noche antes de la jornada especial, del día propio y único. El ingreso es un camino abierto a la cancha. A pesar de su aforo no hay aglomeración. Se camina entre el consumo de miles de cigarrillos, el seco aroma de la marihuana y el abarcador perfume del césped húmedo. Una vez que todos deciden dónde está su lugar en el infinito canalla, comienza una transformación poco perceptible, pero que late y aumenta hasta alcanzar la apoteosis con la presentación de las barras, desplegando los bombos, los trapos. En muchas tertulias que mantuve en Argentina se hablaba de la diferencia entre un hincha y un barra brava. En una explicación superflua y sin matiz si se piensa que el hincha alienta y se interesa también por el juego; en cambio el barra brava sólo está ahí para sí mismo, para exhibir que tiene más aguante que nadie y que le sobran huevos; no mira el juego y no le importa, el hecho que vale es su presencia, sin otra inquietud. Si esto fuera una ley inalterable entonces el pueblo canalla que ambienta el Gigante inventó otras leyes. Acá nadie deja de alentar y todos están igualmente interesados por el juego y por poner a prueba su aguante y su pasión. Nada está delimitado por zonas inaccesibles para iniciados y para no merecedores. Estar ahí es una responsabilidad compartida y lo principal es que todo importe.

El día que me convertí en Canalla perdí mi empleo como recepcionista de un hostel en el centro de Rosario. He escuchado cientos de veces historias de los sacrificios que han hecho cientos de fanáticos por seguir a su cuadro. Perder un

empleo de mierda seguro no es nada comparado con no estar presente durante el nacimiento del primogénito, esperando que este pequeño recién nacido sea bautizado en la misma fe del padre y por lo tanto sepa disculpar sin rencor la ausencia del viejo el primer día de su vida. Aunque, como mencioné anteriormente, no todos nacemos en una fe, con la vida definida en un aspecto que será esencial para el resto del tiempo que consumiremos en este mundo. Existimos los huérfanos. De alguna manera nosotros somos indispensables para que el credo se disperse por lugares lejanos. Si yo hubiera sido hijo de un padre fiel a cualquier equipo de fútbol no podría tener reconversiones. Mi situación de paria me despoja del deber ser irrevocable. Puedo aceptar que algo nuevo ocurra en mi vida, que se agregue otra pasión, que la intensidad aumente; puedo ser lo que quiera. Aunque no puedo ser injusto, es momento para dejar de lamentar la orfandad, esta posición permite una libertad insospechada para los que no saben qué significa no pertenecer a nada predeterminado. Sin embargo no hay obsequio más desolador que la obligación de respaldar una causa porque los ancestros lo han hecho siempre. No quiero tampoco hacer una apología de la dispersión como atributo primordial, eso llevaría a un sinsentido de valores e invalidaría cualquier pertenencia y sus justificaciones. Únicamente resta dejarse ir, ser canalla y asumir a Central como parte de mi vida. Mi derecho a empezar desde cero y saber que en esta ocasión, no estoy equivocado.